

EL VALOR DE LOS VIAJEROS MEDIEVALES COMO FUENTE HISTÓRICA

I. Historia de los estudios

En un primer momento el interés por los viajeros se centró en la recuperación de los textos, con ediciones más o menos cuidadas, en colecciones (práctica habitual en el siglo XIX, como la de L. de Backer, París 1877, para viajes a Oriente; o la de M. Michelant y G. Reynaud, Ginebra 1882, para itinerarios por Tierra Santa) o en ediciones críticas (como las ediciones de Marcos Jiménez de la Espada, para viajeros españoles)¹ y traducciones individuales.

Un mayor cuidado en la edición filológica dio paso al comentario literario y lingüístico: buen ejemplo de ello es la edición de la *Embajada a Tamorlán* hecha por F. López Estrada en Madrid 1943 (desde ahora citaremos: *E. a T.*).

A su vez esto genera la necesidad de establecer las características de un género que por otra parte es tan variopinto que establecer unas líneas generales es difícil tarea. En primer lugar se tiene que dilucidar lo que es y lo que no es libro de viajes, después hay que distinguir entre los viajes realmente efectuados y los imaginarios; modalidades de redacción, la presentación de la narración y las ilustraciones que acompañan en ocasiones a los textos. De todo esto se ocupa Jean Richard, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout, 1981, una monografía de tipología del género que se ha convertido en referencia imprescindible, y que en su capítulo tercero establece también unas reglas como guía para la crítica. De hecho

¹ *Andanças e viajes de un hidalgo español. Pero Tafur*, Madrid, 1874 y del *Libro del conocimiento de todos los reynos y tierras y señoríos que son por el mundo, y de las señales y armas que han cada tierra y señorío*, Madrid, 1877, ediciones todavía no superadas (reimpr. en Barcelona 1982 y 1980 respectivamente). En el caso de Tafur esta edición ha sido reproducida anastáticamente de nuevo por G. Bellini, Roma, 1986 (editorial Bulzoni).

está constantemente utilizado en trabajos como el de M. A. Pérez Priego, «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, I (1984), pp. 217-239, o el de J. Rubio Tovar, *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, 1986.

Muy frecuente es encontrar artículos de divulgación en las revistas más diversas, que hacen presentaciones reiteradas de las mismas obras y no entran a fondo en ningún problema real de estos textos.

El último objetivo abordado por la investigación en la literatura de viajes ha sido el análisis histórico. Suele olvidarse que los viajeros no sólo son transmisores de curiosidades y leyendas, sino verdadera fuente histórica. Así lo han entendido investigadores que han utilizado el relato de los viajeros para sus trabajos sobre historia². Sin embargo, siguen siendo escasas las investigaciones puntuales que pretenden comentar desde este aspecto los libros de viajes, aunque hay algunos ejemplos: antiguos trabajos de S. Cirac³, Zdanevitch⁴, y más recientemente los de A. Bravo⁵ y los que yo mismo he emprendido⁶. Por supuesto, siguen faltando monografías que con ese objetivo consideren un texto de viaje en su totalidad.

² Sólo por citar un ejemplo: S. Pavlovic Karpov, *L'impero di Trebisonda Venezia Genova e Roma 1204-1461*, trad. it., Roma, 1986.

³ «Tres monasterios de Constantinopla visitados por españoles en el año 1403», *Revue des Études Byzantines*, (nota 2, p. 2) XIX (1961), pp. 358-381, y sus participaciones en *Congresos Internacionales de Estudios Bizantinos*: «Description de Constantinople par un espagnol en 1403», *CIEB*, X (1955), p. 122, «Spanier besuchen die byzantinische Welt im Jahre 1403-1404», *CIEB*, XI (1958) vol. 1, p. 78, y «Les citernes de Constantinople visitées en 1403 par des Espagnols», *CIEB*, XII (1961), vol. 3, pp. 27-30.

⁴ «Ruy Gonzales de Clavijo en Géorgie», *CIEB*, XII (1961) vol. 2, pp. 249-262.

⁵ «La Constantinopla que vieron R. González de Clavijo y P. Tafur: Los monasterios», *Erytheia*, III (1983), pp. 39-47, y «La Crónica de los Gattilusios y otras cuestiones de historia bizantina en la Embajada a Tamorlán», *Estudios Clásicos*, LXXXVIII (1984), pp. 27-37.

⁶ J. A. Ochoa, «La E. a T. Su recorrido por el Mediterráneo Occidental», *Homenaje a López Estrada* (en prensa). «La E. a T. a su paso por las costas de Campania», *Romance Philology* (en prensa). «Lípari y Mesina en la E. a T.», *Quaderni Catanesi*, XVII (1987), pp. 135-155, «La Embajada a Tamorlán. Su ruta del Peloponeso a Rodas», *Byzantion*, LX (1990), (en prensa), «Rodas y los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén en la E. a T.», *Erytheia*, VII (1986), pp. 207-227. «La Embajada a Tamorlán nell' Egeo Nord-Orientale», *Atti dell'Accademia Ligure di Scienze e Lettere*, XLV (1988), pp. 230-248, «La sosta della E. a T. a Trebisonda (Aspetti storici)», *Schede medievali* (en prensa), «El paso de la E. a T. por Trebisonda (Descripción de la ciudad)», *Rivista di Studi Bizantini e Slavi*, VI (1990) (en prensa). «Pero Tafur: un hidalgo castellano emparentado con el Emperador Bizantino. Problemas de heráldica», *Erytheia*, VI (1985), pp. 283-293. «El viaje de Pero Tafur por las costas griegas, I», *Erytheia*, VIII (1988), pp. 33-62. «El viaje de Pero Tafur por Tierra Santa», *Actas del II Congreso Internacional de Literatura Hispánica Medieval*, (en prensa).

Sobre esta necesidad habla Richard al final de su estudio de tipología del género (pp. 75-84) pero sus comentarios al respecto no han tenido los mismos ecos que los de tipo literario y estilístico. En la convicción de que la conciencia de la utilidad de este estudio estimularía las investigaciones, propongo este trabajo de tipificación del tema ⁷.

II. Utilidad del comentario histórico

1. Atractivo de los viajeros por sí mismos

Al igual que cualquier otro texto medieval el estudio de la literatura de viajes tiene interés por sí mismo, y no sólo en el establecimiento de un género a través de las características estilísticas, sino también en el análisis de *realia*. El estudio de su contenido nos puede ocupar en distintas tareas:

1.1. Fijar el recorrido lo más exactamente posible tanto en su desarrollo espacial como temporal:

No siempre es fácil reconstruir el recorrido con las informaciones que nos legan los viajeros. En la *E. a T.* se alude a Stromboli con los nombres de *Astrangol* (pp. 14, 5), *Estrangolan* (pp. 14, 18) y *Estangel* (pp. 15, 3), que son colocados aparte en el índice de nombres de la edición de López Estrada, como topónimos distintos. El recorrido por mar es siempre en periplos comerciales conocidos, en navegación de cabotaje, y sólo se apartan de las rutas por motivos propios de la navegación o por la meteorología adversa. Cuando el barco no es a remo, sino a vela, dependen del viento, cuya ausencia provoca retrasos con frecuencia. Por tierra también se usan rutas de caravanas o recorridos establecidos, aunque a veces el viajero se aparte de los caminos habituales, tal es el caso de Pero Tafur cuando por dos veces se separa del grupo de peregrinos en Tierra Santa, para adentrarse en lo que él llama desierto de Arabia, cuando en realidad visita el desierto de Judea.

Otro aspecto, menos interesante ciertamente, es ver cómo transcurre el viaje en el tiempo. Hay viajeros de los que se ha alabado su precisión en anotar los días concretos del viaje, como es el caso de la *E. a T.* ⁸. En otros relatos es un dato que no tiene importan-

⁷ Los ejemplos serán casi siempre de los textos medievales castellanos, que son mi campo de trabajo preferente, pero la clasificación que propongo creo que es válida para cualquier libro de viajes, incluso de épocas posteriores.

⁸ Con todo hay desajustes que un estudio detallado pone de relieve. Los viajeros anotan con cuidado el día de la semana y del mes en que llegan y parten de un

cia para el narrador y se habla con expresiones generales «un día ... al otro día...», como ocurre en el relato de Tafur. En otros no tiene ningún papel la periodización del viaje, como ocurre con la *Fazienda de Ultramar*, una Biblia romanceada con itinerario histórico-geográfico de Tierra Santa; y todavía menos importancia conserva en los viajes no realizados verdaderamente, como es el caso del *Libro del conocimiento...* o del *Libro del infante don Pedro*.

1.2. Rastrear las fuentes de que se sirven los viajeros

Por lo general podemos comprobar por el tipo de información (en las versiones que dan de un hecho, p.e.) o por la forma de esos datos, que les vienen principalmente en forma oral; sólo así se explica que la *E. a T.* llame al emperador de Trebisonda y a su hijo respectivamente chormalene e quelex (p. 75, 13-14), por una deformación que deriva de las fórmulas κύρ Μανουήλ y κύρ Ἀλεξίς apocopado en Ἄλεξ. En otras ocasiones podemos incluso descartar la posibilidad de una lectura de crónicas de la época, como en el caso de la historia de los Gattilusio de Lesbos en la *E. a T.*, sobre la muerte de Francisco I y la salvación casi milagrosa de su hijo. Pero la posibilidad de que usaran fuentes escritas hace necesaria su identificación, lo que resulta tarea especialmente útil en el caso de los libros de peregrinación, dado que muchos cristianos empendían su viaje animados por un libro —que en ocasiones era su guía— al que querían emular incorporando sus experiencias.

Hay ocasiones en las que los viajeros de la *E. a T.* consultan portulanos que verosíblemente pone a su disposición el patrón del barco, como inducen a pensar errores que podemos definir como gráficos: *Mo* por *Nio*, *Salmas* por *Salinas* y *Micarea* por *Nicaria* (nombre medieval de Icaria), o la lectura de Λέρος confundido quizá con Γέρος, puesto que es traducido *Viejo*. También quizá tras la grafía *Xio* por *Quíos*, esté la lectura del topónimo griego con inicial *x*.

1.3. Indagar detalles sobre la redacción

Además de las fuentes utilizadas, hay otros datos de la génesis del texto que podemos deducir en una lectura atenta. López Estrada pensaba que en la *E. a T.* había elementos para suponer una redacción colectiva⁹, que estaría aglutinada por el maestro en teo-

punto del recorrido, y periódicamente reajustan los desajustes que la memoria provoca, sin que tenga una repercusión grande en la imagen que nos podemos hacer del viaje.

⁹ «Procedimientos narrativos en la Embajada a Tamorlán», *El Crotalón*, I (1984), pp. 131-146.

logía Alonso Páez de Santa María, miembro de la embajada, quien debió incluir las noticias sobre monumentos religiosos, sobre rituales y usos referidos a la religión, las referencias a la antigüedad y los pasajes míticos. Creo que otros datos, como las descripciones de sistemas defensivos de una ciudad, las condiciones de los puertos, que cuadran más con la personalidad del hidalgo Ruy Gonzalez de Clavijo¹⁰ o de Alfonso Fernández de Mesa, su asistente, lo que confirmaría la teoría de López Estrada. Es claro también que la minuciosidad del relato en las fechas de cada etapa sólo puede explicarse por la existencia de notas tomadas a lo largo del viaje.

Me atrevería a proponer otro detalle: dado que el viaje de vuelta se relata en tan sólo seis páginas y de Trebisonda a Alcalá en menos de dos páginas (245-246), las observaciones recopiladas en el regreso podrían estar incorporadas a la detallada exposición de la ida. No se podrían explicar de otro modo que la semana en Pera (22 oct.— 4 nov. 1405) los casi veinte días que están en Gaeta (en dic.) o la Navidad pasada en Córcega no sugieran a los viajeros comentario alguno.

La falta de precisión en las referencias cronológicas en la narración de Tafur permiten sospechar que este autor escribe mucho tiempo después del viaje. Esa sospecha viene reforzada por el hecho de que en medio del relato del viaje realizado entre 1436 y 1439 se nos habla repetidamente de la comprometida situación de Bizancio por la presión turca, e incluso se menciona la caída de Constantinopla ante al abandono de las potencias occidentales latinas.

1.4. Valorar la credibilidad de los relatos

Por lo general es más productivo buscar explicación a lo que nos extraña que sospechar invenciones por todo el texto. Hay que intentar ver algo más allá en las informaciones y no considerarlo todo *mirabilia*. Por supuesto, esto no es aplicable a los viajeros ficticios como Juan de Mandavila¹¹. En textos como el *Libro del conoçimento...* hay mucho de falso dado que es un viaje realizado sobre un portulano de origen probablemente catalán, pero seguramente un estudio sistemático del texto nos revelaría importantes detalles sobre las fuentes de información.

La fiabilidad está en relación con la selección de información, que en unos casos depende de los temas que preocupan al viajero

¹⁰ Tradicionalmente considerado autor de la obra, desde la edición de Gonzalo Argote de Molina en Sevilla 1582.

¹¹ Cf. J.K. Hyde, «Real and Imaginary Journeys in the Later Middle Ages», *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, LXV (1982), pp. 125-147.

y lo que le llama la atención. En otras ocasiones es condicionado por sus compañeros de viaje, marineros y guías, o de los lugareños que les cuentan las historias locales recientes y pasadas ¹².

Tampoco es carente de interés averiguar los objetivos que mueven al viajero a dar una información o tergiversarla. Esto está en relación con la finalidad de la obra (casi siempre se pretende aportar elementos nuevos al conocimiento del mundo) y con el público al que va dirigido, la corte o el devoto cristiano, por ejemplo. En el relato de Tafur se ha podido observar que, además de esa motivación general, hay un objetivo propagandístico por medio del cual intenta reforzar el prestigio de su apellido. Por ello la insistencia con la que nos narra sus entrevistas con los principales personajes de la política europea del momento, desde el Papa al emperador de Bizancio, con el que pretende estar ligado en parentesco ¹³. Por su parte, el armenio Hethoum, o Ayton, escribió su *Flor de las Historias de Oriente*, una historia de las cruzadas y de los reinos cristianos orientales, para convencer al Papa Clemente V de la necesidad y oportunidad de otra empresa bélica para recuperar la Tierra Santa, finalidad que se deja sentir en la descripción de la situación política de esa zona.

1.5. Léxico

Aparte de otros detalles para la historia de la lengua, la aportación al conocimiento del léxico es de lo más significativo. Por una parte, nos testimonian palabras que hoy se han perdido o que se consideran términos antiguos sin uso actual, como «algarea» (ración diaria de comida), «requa» (caravana), «movidas» (jornadas, estaciones), «encontrada» (comarca) —en *Facienda de Ultramar* que testimonia una lengua del siglo XII, muy próxima a la del *Poema del Mio Cid*. Hay términos traducidos de otras lenguas como los que Mahomad Alcagí, embajador de Tamorlán que acompañó a los componentes de la *E. a T.*: «chacatay» (tártaro), «miraza» (príncipe), «ordo» (campamento) ¹⁴.

Los viajeros se ven forzados a dar nombre a elementos exóticos que son desconocidos en su mundo, como le ocurre a Tafur con el cocodrilo, al que llama «cocatriz» (p. 74). Por su parte, los embajadores de Enrique III no tienen nombre para la jirafa, que describen prolijamente llenos de asombro, tampoco Tafur tiene nombre para el hipopótamo que describe (p. 75).

¹² Remito a lo dicho en 1.2 sobre las fuentes.

¹³ Cf. J. A. Ochoa, «Pero Tafur: un hidalgo castellano...», *ob. cit.*, en nota 6.

¹⁴ Ver la p. 143 del artículo de Lopez Estrada citado en nota 9.

En otras ocasiones las palabras nos reflejan interesantes usos fonéticos, ya sean propios de un estado de lengua o debidos a la lengua de donde son extraídos: así, el castellano medieval intenta transmitir los topónimos italianos con precisión y tenemos un Taracina que intenta reflejar el fonema /ç/ de Terracina (palatal, africado, sordo, en it.) y no el castellano /ter-a θ ina/ (interdental, fricativo, sordo), del mismo modo que en Percheda se intenta por otro procedimiento mantener el mismo fonema italiano de Procida /ç/.

2. Participación de los viajeros en la historia

2.1. En la historia de los viajes

La literatura de viajes nos informa de las características y condiciones de los viajes de la época, el tipo de embarcaciones utilizadas, el tiempo que costaba hacer una travesía, la época del año en que se efectuaban los viajes (Tafur parte para Tierra Santa en el mes de mayo, en la primera embarcación que transporta peregrinos después de la inactividad invernal; del mismo modo que los embajadores de Enrique III, invernan en Pera, tras naufragar en su intento de navegar en noviembre atravesando el Bósforo, y al regreso en el invierno de 1405-1406 la singladura se hace en medio de tormentas), las partes más difíciles de las travesías (como la dificultad para introducirse en el Estrecho de los Dardanelos). Nos hablan también de la falta de seguridad de los caminos a través de Armenia, en el recorrido de la *E. a T.* entre Trebisonda y Tabriz (p. 81), o del peligro de la piratería y los ataques turcos, por ejemplo en las proximidades de Tenedos (Tafur, p. 136). Nos informan de los impuestos que debían pagar los peregrinos para poder desembarcar en Jafa, de la compra de caballos para el transporte y de vituallas para el camino, del número de comidas diarias que incluye el pasaje en un barco, de los asnos que alquilaban a los peregrinos en Tierra Santa, o de los guías e intérpretes de los que se podían servir en cada lugar y los distintos alojamientos disponibles, además de la hospitalidad u hostilidad de los indígenas. Todo ello resulta especialmente interesante cuando un viajero como Nicolò de Conto transmite a Tafur sus experiencias de viaje y le aconseja que desista de su proyecto de ir a la India (Tafur, pp. 95-105).

2.2. En el devenir histórico

En unas ocasiones el propio viaje se inscribe en la historia como un elemento más, tal es el caso de la *E. a T.*, que supuso la segunda

embajada enviada por Enrique III a Tamorlán, después de que la primera presenciara la victoria de éste sobre el turco Bayaceto, en Ankara.

En otras ocasiones un viajero entra a formar parte de la historia, como cuando Tafur se encarga de una embajada del rey latino de Chipre al sultán de El Cairo, del cual era tributario (p. 71 y ss.).

3. Interés de los viajeros para la historia

El testimonio de un viajero para los datos puede ser indirecto, en el sentido de que las circunstancias de su viaje pueden constituir un dato para una situación que conocemos por otras documentaciones. Por ejemplo, la importancia de los genoveses en Castilla donde disfrutaban de licencias para comercio, barrio propio en Sevilla, y aportaban su experiencia artesanal, su conocimiento en construcción naval y pericia en la navegación (cf. los privilegios de 1281), y participaron en campañas militares como la de Algeciras (1346) al servicio del monarca castellano. La importancia de su papel queda más destacada cuando observamos que a pesar de la concesión del monopolio del transporte a los navegantes del reino en 1399, para acabar con la preeminencia de los extranjeros, en 1403 el mismo Enrique III manda una embajada a Oriente en barco genovés, y no fleta una embarcación oficial.

Además de estas informaciones indirectas, hay otras que son fruto del testimonio directo de los viajeros.

3.1. Inclusión de descripciones históricas

En algunos libros de viajes, cuando se habla de un pueblo poco conocido en occidente se comienza un excursus en el que se informa de la historia de esa etnia, tal como lo hace Marco Polo con las dinastías gengiskánidas de Persia (cap. 64) o Rubrouck con la historia de los mongoles (caps. XVII y XXVII). La mayor parte de las veces estas informaciones tienen un origen oral y están impregnadas de modificaciones legendarias —siempre será útil investigar el origen de las deformaciones—, pero en otras ocasiones podemos conocer la fuente de esa digresión, como ocurre con la historia de las cruzadas en los relatos de peregrinos (la *Guide du pèlerin au XV^e siècle*¹⁵, depende en esto de la historia de Jacques de Vitry).

¹⁵ Editada por R. Pernoud, *Un guide du pèlerin en Terre Sainte au XV^e siècle*, París, 1940.

3.2. Datos históricos atestiguados sólo por los viajeros

Hay ocasiones en que los viajeros cuentan con informaciones de primera mano de acontecimientos que se están desarrollando y que no siempre pasaron a las crónicas que nos informan de esos detalles. Por ejemplo, cuando llegan los embajadores de Enrique III a Tamerlán a Rodas había partido un grueso contingente de Cavalieri di Rodi e franchi di Boucicoult, con intención de «fazer guerra a Alixandria» (pp. 19, 15). En la confusa narración de los hechos podemos identificar datos exclusivos de los viajeros: ¹⁶ sitiaron durante «doce días» la ciudad de Alaya (Candelore), asalto frustrado, tras el cual atacan Trípoli con la misma «falta de éxito». Dividieron la flota por el tipo de barcos, y mientras unos atacaban Beirut, otros esperaban en Alejandría el regreso a Rodas; pero los primeros, los francos, «no acudieron a Alejandría» sino que regresaron a Génova tras hacer escala en Rodas, y los segundos, «pasados 9 días y por falta de agua y víveres, regresan también a Rodas», cuando los otros ya habían dejado la ciudad ¹⁷.

En la *E. a T.* se narra un conflicto de política interna del Imperio de Trebisonda (75, 30 a 76, 11). Este relato es la única fuente histórica existente sobre este episodio.

En otra parte de esta obra se dice que en diciembre de 1399 Juan VII fue nombrado emperador regente de Bizancio durante la ausencia de su tío Manuel II que buscaba alianzas en Occidente. A su regreso, Manuel no devolvió a su sobrino la ciudad de Salónica ¹⁸, arguyendo que antes de otorgarle la ciudad la debía conquistar, sin que las historiografía bizantina explique este cambio de actitud. En cambio, la *E. a T.* proporciona una explicación diciendo que esta era la respuesta de Manuel II a la mala gestión del regente (pp. 28, 1-5). De hecho, en este período de tiempo Juan VII había hecho un pacto con Bayaceto según el cual, si el turco hubiera derrotado a Tamerlán en la batalla que se preparaba (la de Ankara) él le habría cedido la capital del imperio y le hubiera pagado tributo. También este pacto es una información que sólo la podemos leer en el relato del viajero.

En otras ocasiones, sin embargo, los viajeros nos ocultan informaciones que podrían haber sido valiosas para la historia, como es el caso del contenido de las entrevistas de los embajadores de

¹⁶ Subrayo las informaciones exclusivas.

¹⁷ Para más detalle puede verse mi artículo «Rodas y los Hospitalarios...», *ob. cit.*, en n. 6.

¹⁸ Nicol, *The Last Centuries of Byzantium (1261-1453)*, Londres, 1972, p. 336.

Enrique III mantuvieron con el emperador de Bizancio (p. 35) y con el Papa (p. 246).

3.3. Versiones concretas de hechos ya conocidos

—Ladislao I de Napoli repudió en Gaeta en 1392 a su primera mujer Costanza de Calramonte, según V. Gleigeses¹⁹ porque ese matrimonio no era útil para su pretensión al trono húngaro, poniendo como excusa el comportamiento inmoral de su suegra, viuda de Manfredo Claramonte; y según la enciclopedia biografía de Michaud²⁰ el motivo aparente fue que había sido obligado a casarse con ella, y el de fondo la pérdida de poder y la ruina económica de los Claramonte. Pero la *E. a T.* propone otra posible excusa aducida por el monarca: la falta de descendencia (si bien el viajero observa que en su segundo matrimonio Constanza sí tuvo hijos, p. 13). Además es interesante ver cómo nos relata la crueldad de Ladislao para con su ex-mujer y cómo la humilló el día que la casó con Andrea de Capua: «el rey mesmo ... la tomó las manos, e los casó ... e que dançó con ella; e la dicha muger deziendo le muchas cosas E feas por la plaça e calles» (pp. 12-13).

En el caso de la narración en la *E. a T.* del tratado de paz que acabó con la llamada guerra de Tenedos/Chioggia entre Génova y Venecia, el viajero expone una situación de los hechos y algunas imprecisiones y falsedades que sólo se pueden entender como la plasmación de la versión genovesa del tratado, que con una solución salomónica sacrificó la isla de Tenedos, que era objeto de discordia por su valor estratégico²¹. La fuente de información debió ser algún genovés del barco en el que viajaban a Constantinopla, que con su relato intentaba apoyar y legitimar los derechos de los genoveses sobre la isla.

3.4. Antroponimia

Este apartado tiene dos facetas, una la de identificar los personajes y otra la de explicar una denominación concreta. Un par de ejemplos: «la segunda esposa de este rey fue la hermana del Rey de Chipre, que le llamaban madama maria» (pp. 13, 5-6), esto es, Maria de Lousignan, hermana de Janus rey de Jerusalén, Chipre y Armenia. Al llegar a Rodas, los componentes de la embajada

¹⁹ Ver su monografía *La storia di Napoli dalle origini ai nostri giorni*, Nápoles, 1974.

²⁰ *Biographie Universelle. Ancienne et moderne*, París, 1854.

²¹ Léase el comentario detallado en las pp. 241-244 de mi artículo publicado en *Atti dell'Accademia Ligure di Scienze e Lettere*, XLV (1988).

se enteran de que el Gran Maestre está ausente, en campaña militar. Este Gran Maestre dei Cavallieri di Rodi era Philibert de Nailiac, que en 1396 había sucedido al aragonés Juan Fernandez de Heredia, y no el «Anti-Maestre» Riccardo Caracciolo, que en un paralelo con el cisma que vivía la Iglesia Católica entre 1378 y 1417, había duplicado el cargo, al menos hasta 1395. En el ejemplo de *Lançalago* es fácil identificar a Ladislao I Anjou-Durazzo, rey de Nápoles, pero la justificación de la forma que tiene en este texto no es fácil. Puede que partiendo del sonido del nombre en la Italia central (Lanzalao) se produzca una contaminación de Lancelot —como al parecer se conocía al monarca— con el personaje artúrico Sir Lancelot du Lac (recordemos el éxito internacional en el medio del personaje Lanzarote del Lago y en general de las novelas de Chrétien de Troyes).

Sin embargo, una identificación puede ser equívoca. Por ejemplo, en *E. a T.* p. 75, 27 se dice «Urcho, que quiere dezir commo paje que lieua el arco ant el enperador», y poco después se usa la forma *urchi*. En contra de la idea Miller ²², que lo consideraba un nombre propio, podemos identificar al urcho con el acóluzo (ἀκόλουθος), un cargo de la corte de Trebisonda. Para ello nos podemos servir de un texto que nos proporciona una lista de jerarquías y que alude a ὁ ἀκόλουθος ἦτοι ὁ χουρτζής. La segunda variante de nuestro texto, *urchi*, se asemeja fonéticamente a este [juc[ís], término de dudoso origen ya que no es ni siquiera una palabra turca, pero ligado aquí a este cargo de la corte.

En otras ocasiones es harto difícil identificar un personaje. Por el momento no sé quién es la «dueña» de la isla de Icaria al comienzo del siglo xv, (*E. a T.* p. 24), ni la señora mora del castillo de Izidu (p. 99).

3.5. Historia económica y del comercio

Es indudable el valor que tienen las informaciones de Marco Polo sobre el comercio que se efectuaba con los productos generados en la parte del continente asiático gobernada por los mongoles. Como también lo es la *Pratica della mercatura* del florentino Francesco Balducci Pegolotti ²³, en la que muestra detalles comerciales de los distintos países de la cuenca mediterránea, informado de las rutas comerciales, de los productos de cada región, y comparando los pesos y medidas, las monedas y las diversas prácticas comerciales.

²² Cf. su monografía *Trebidzond: The Last Greek Empire*, Londres, 1926 (reimpresión Amsterdam 1968).

²³ Ed. de A. Evans, en Cambridge, 1936.

En estas obras el móvil comercial —también en origen en el caso del aventurero Marco Polo— justifica estas informaciones, pero hay que tener en cuenta que en todo relato de viaje se pueden encontrar datos de este tipo, aunque no expuestos de una manera sistemática. Por ejemplo, en la *E. a T.* se habla de los productos que se transportan en el barco: descargan aceite en Málaga y cargan sal en Ibiza (pp. 6-7), o de los productos que son típicos de un lugar: el *almazaca* (o *mastic*, en p. 25) en Quíos. Incluso comentan los embajadores algunos puntos esenciales de las rutas comerciales, diciendo de Rodas: «E ningunos nabíos non pueden yr en Alixandría, nin en iherusalem, nin enla Suria, que non bayan a esta ysla o pasan aojo delle» (p. 22). Indirectamente son también testigos de la ruta comercial que seguía un navío genovés de Gibraltar a Quíos a comienzos del siglo xv.

Cuando Tafur llega a Crimea, es testigo del comercio de esclavos que se produce en Cafa, y él mismo llega a comprar una esclava con la que regresó a Castilla. También él nos comunica que entre los privilegios que el rey de Chipre solicitaba al Sultán de El Cairo estaba el de vender en la región de Siria la sal que producía la isla, sin pagar derechos por ello (p. 83). Ibn Batuta²⁴, nos proporciona informaciones del mundo musulmán del s. xiv, en su viaje de peregrinación a La Meca, prolongado hasta tierras indias. Con mucha frecuencia comenta las virtudes de un producto típico de un lugar (habla del coco y el betel [tanbul], pp. 354-355; o de los productos de la India desde el mango al ébano, pp. 499-500). Benjamín de Tudela, por su parte, nos habla de la situación de la población judía y sus actividades en lugares como Constantinopla, Jerusalén, Alepo o Bagdad en el siglo xii²⁵.

3.6. Historia de la religión

Jean Richard²⁶ a este respecto nos habla de los relatos de peregrinos y del interés por la evangelización de los misioneros, mostrando incluso por Marco Polo, respecto a la religión de los tártaros (cap. 69) y su conversión. El peregrino es un penitente y vive su viaje como una experiencia religiosa que quiere transmitir. Pero no sólo en esto y en la propagación evangélica estriba el interés de los viajeros. Conocido es el valor que tiene el *Itinerarium Aegeriae* para el conocimiento de la liturgia de los misterios en Tierra Santa

²⁴ A través del Islam, trad. castellana de S. Fanjul y F. Arbos, Madrid, 1981.

²⁵ Traducción castellana del texto hebreo en Barcelona, 1982, por J.R. Magdalena. Existe una traducción latina de Arias Montano publicada en Amberes en 1575.

²⁶ *Ob. cit.*, pp. 80-82.

en el s. iv²⁷. También tenemos testimonios de la vida monástica y eremítica (cf. los datos de la *E. a T.* sobre la regla de los basilianos en el Atos, p. 31); festividades religiosas populares, como el rito de procesión en Constantinopla donde se trasladaba una imagen de la Virgen en medio del fervor popular (*E. a T.*, p. 54), que también presenció Tafur²⁸; o los oficios fúnebres por el Gran Maestro de los Hospitalarios de Rodas (descritos por Tafur, pp. 126-127).

Ibn Batuta por su parte nos habla del sentimiento religioso del mundo musulmán, como las costumbres del mes sagrado del ramadán y la peregrinación a La Meca (pp. 257-266), pero también de creencias y devociones locales, como las de los habitantes de Samarcanda ante la tumba de un mártir de la conquista de la ciudad, a la que acudían musulmanes y tártaros (pp. 469-470), o los santuarios de Basora (pp. 278-280). La propagación del Islam interesa a este viajero como la difusión de la fe cristiana a los viajeros latinos, y así nos relata la conversión de los habitantes de las islas Maldivas (pp. 667-669).

3.7. Interés para la transmisión de la cultura

De los temas que llaman la atención a los viajeros existía una herencia cultural que partía de autores antiguos, en especial Plinio, y transmitida en obras como las de Isidoro de Sevilla. De este modo estaba conformado el cosmos en la mente de los viajeros medievales que en sus experiencias contrastaban con la realidad. Además de la identificación de este sustrato cultural, podemos ocuparnos de la posible transmisión que da lugar a un comentario culto en un relato de viaje.

Los viajeros de la *E. a T.* al pasar por la costa peloponesia (pp. 17, 26-31) narran un episodio del ciclo mítico troyano. Sabemos que junto con la leyenda de Alejandro el Grande, los episodios sobre Troya fueron los que más fortuna tuvieron en el medievo. La principal vía de transmisión en occidente son las novelas de época imperial de Dictis y Dares. La obra de Guido de Columnis *Historia de la destrucción de Troya* (texto latino del s. xiii) a imitación del *Roman de Troie* de Benoît (s. xii) tuvo un éxito del que se benefició la obra de Dares, que fue difundido en muchas traducciones, de entre las que se conservan una aragonesa y una castellana del siglo xiv y una refundición del mismo siglo titulada *Sumas de*

²⁷ Texto latino y traducción castellana de A. Arce, Madrid, 1980. Para la liturgia ver las pp. 113-140 de la introducción y las XXIX-XXX de la bibliografía.

²⁸ Ver art. de A. Bravo, *ob. cit.*, en nota 5.

*historia troyana*²⁹. Cualquiera de ellas podría ser conocida por el viajero y recordada al pasar por tan épicas costas.

El único dato extraño a las tradiciones mitográficas es que Paris destruyera un templo y rompiera la imagen del dios, cuando raptó a Helena. Quizá se parte de la toma al asalto de Esparta que está en Dares y en Virgilio (*Eneida* X, 91 s.)³⁰.

3.8. Interés para el estado de los conocimientos sobre un tema

Pero Tafur en la visita a Belén habla de una cueva «donde Sant Jerónimo trasladó la Brivia», es decir la estancia subterránea donde S. Jerónimo hizo la traducción de la Biblia. En estas grutas se ha hallado una necrópolis cristiana de los siglos I y II, con tumbas de tiempos de San Jerónimo y anteriores. Pero no siempre una referencia culta es correctamente situada: en el recorrido que Tafur hace por el desierto de Judá, por Qumram, comenta «é allí fizo su vida Sant Anton el primer hermitaño é otros Santos Padres». Aquí nuestro viajero se deja llevar por sus recuerdos de historia sagrada o por algún relato local: el ser zona de eremitas trae al recuerdo al primero de ellos, al abad, al padre de los hermitaños, a San Antón, que nunca habitó allí.

Tafur, por otra parte, es uno de los pocos que han descrito mínimamente la biblioteca del palacio imperial de Constantinopla y, aunque no nos habla de cómo estaban guardados los libros, nos informa de la posición del edificio y de la estructura y mobiliario (p. 180).

3.9. Etnografía

La curiosidad del occidental por las costumbres y modos de vida de los pueblos orientales es quizá la que más páginas ha llenado en los libros de viaje, siguiendo la tradición de los logógrafos griegos, y en especial de la fortuna de la técnica expositiva herodotea. El carácter de fuente histórica para el conocimiento de esos pueblos es indudable. Así, la sistemática exposición sobre los mongoles en Marco Polo es modélica, pero también podemos encontrar detalles etnográficos en cualquier relato de viaje, mencionaremos a título de ejemplo el juego parecido al polo que practicaban en Egipto según la descripción de Tafur (p. 90), o su justificación de la dura justicia musulmana por sus características de vida (p. 116).

²⁹ Cf. G. Highet, *La tradición clásica*, vol I, p. 93-94 (trad. esp. México 1954). A ello hay que sumar la versión de Alfonso XI de la obra de Benoit conservada en el Scorialensis H.j.6 (cf. Solalinde, «Las versiones españolas del Roman de Troie», *Revista de Filología Española*, III (1916), pp. 121-165.

³⁰ Véase mi trabajo en prensa en *Byzantion*, LX (1990).

4. Interés de los viajeros para la geografía histórica

En estudios estilísticos se ha puesto de relieve que hay diversos modos de exposición en las descripciones geográficas. Se puede encontrar incluso un esquema en la *E. a T.* para la descripción de una ciudad: el autor nos da posición geográfica, habla de sistema defensivo, de los barrios y los huertos que circundan el recinto urbano, siguiendo siempre el mismo procedimiento narrativo de yuxtaponer los elementos que su mirada abraza progresivamente. Pero no es el análisis estilístico lo que aquí interesa, sino otros rasgos que nos ilustren sobre la geografía medieval.

Sobre la terminología geográfica podemos decir que en las descripciones de Mitilene y Trebisonda en la *E. a T.* se identifica con la propia ciudad la acrópolis fortificada. Los suburbios y los huertos son partes que el viajero no considera como parte de la ciudad, seguramente porque en sus días todavía se considera ciudad al núcleo fortificado.

4.1. Evolución de los conocimientos geográficos

Es evidente que descubrimientos como el colombino de las Indias occidentales no se dan más que una vez en la historia, pero no lo es menos que los viajeros occidentales fueron en el medievo ampliando el conocimiento de la geografía del medio y lejano Oriente, y que ese ambiente creó la necesidad de buscar nuevas rutas. Desde el conocimiento del orbe que reflejaba la redescubierta obra de Ptolomeo hasta el preciso mapa catalán de Abraham Cresques³¹ hay una acumulación de experiencias de viajeros (muchos anónimos y que no dejaron por escrito sus andanzas) que reseñaban pueblos desconocidos, nombres y cursos de ríos antes mal conocidos, corrección de perfiles de costas mal trazados en portulanos anteriores.

4.2. Descripciones geográficas exclusivas de estas fuentes

En las descripciones de ciudades siempre se ocupan con interés los narradores de las edificaciones defensivas y fortificaciones de aquellas ciudades que visitan, de sus monumentos e iglesias más significativas. Las «tres cercas de Ibiza» que menciona la *E. a T.* (pp. 8, 9) son las defensas árabes que ya no existen y para las que

³¹ Que data de 1375 (reproducido y comentado en una edición de 1975, en Barcelona). Conservamos otras cartas catalanas (mapamundi de Dulcert, 1339) o le «Carte pisane» (fin s. XIII) editadas por G. Marcel en *Choix de cartes et de mappemondes de XIV^e et XV^e siècles*, París, 1896.

esta narración es el último testimonio. Valor documental importante supone la *E. a T.* para la descripción de Mesina, puesto que la ciudad ha perdido su memoria medieval urbana, tras sufrir considerables cambios urbanísticos (uno importante tras la visita de Carlos V) y la destrucción total en el terremoto de 1908, después del cual quedan poquísimos vestigios de la ciudad medieval. A ello hay que sumar que apenas existen documentos gráficos anteriores al siglo XVI, con mínimo valor para establecer límites urbanos precisos del medievo ³².

4.3. Identificaciones de interés

Aun cuando la geografía de un recorrido no sea exótica, sino conocida desde antiguo en todo el mundo medieval, como ocurre con el de Pero Tafur por Tierra Santa, la identificación exacta de la ruta puede resultar interesante. A la salida de la ciudad de Rama o Ramallah nos habla de un monasterio de San Jorge, que está en la villa de Lod o Lydda (nombre árabe) que era llamada por los cruzados San Jorge ³³, y la noche siguiente la pasa «cerca de un castillo que se llama Maus» (p. 52). El nombre de la ciudad de Emaús ³⁴, ha sido tomado por el del castillo que se encuentra al Suroeste, y que era denominado Latroum, etimología popular medieval a partir de Natroum, por ser relacionado con el buen ladrón del pasaje evangélico de *Lc.* 22, 40-43.

En otra excursión llega Tafur a «Madalo, que fue el heredamiento de la Magdalena» (p. 59). Aunque no es segura la identificación, parece que la población de Migdal, en la costa NO del lago de Tiberíades, sería la ciudad mencionada por el Nuevo Testamento. Así pues, la ciudad que está a dos leguas de Jerusalén, unos 3 Km., es la que los árabes llaman al-Azariye, por confusión con Lazarium, nombre que le daban los cristianos de la temprana Edad Media, en recuerdo de San Lázaro (por este nombre se conoce a Betania, donde se encuentra la iglesia del santo resucitado por Jesucristo y su sepulcro).

³² A. Ioli Gigante, *Le città nella storia d'Italia*, Messina, Bari, 1980, y mi artículo de *Quaderni Catanesi*, XVII (1987), pp. 135-185.

³³ Puede verse en G. Adam Smith, *Historical Atlas of the Holy Land*, Londres, 1936, p. 29.

³⁴ Es el emplazamiento que generalmente se acepta para Emaús, aunque entraña diversos problemas que pueden verse en Mc Naylly, *Bible Atlas*, Nueva York, 1956, p. 409.

4.4. Toponimia

No siempre es fácil deducir cuál es el topónimo actual que corresponde a uno que aparece en el texto de un libro de viajes, se pueden encontrar denominaciones medievales *Lango* es Cos, *Boca de la Romania* es el estrecho de los Dardanelos, *Sant Nicolao de Carqui* es Halki (isla junto a Rodas); o topónimos modificados como *Luego sardo* (Longosardo, al norte de Cerdeña), *Barruten* (Berrito), *Ysla e Percheda* son Isquia e Prócida, *Calamo* es Calimnos, *Çeçilia* es Sicilia (asimilación que se produce desde antiguo), *Malfa* es Amalfi, o enmascarados por una etimología popular, tal es el caso de *Carta Ajena* por Cartagena; de modo similar el *Monte Circeo* es Monte Carçel (con recuerdo de sus cárceles y prisiones).

Otras veces hay que renunciar a identificar un topónimo, como el caso de unas rocas junto a Citera que denominan *Tres Dartes*, un islote despoblado y llano cerca de la costa turca, frente a Cos, llamado *ysla dellas bestias*. *Vixaran* y *Culera*, probablemente sean islas del grupo de las Maden (en el golfo de Edremit). En otros casos tenemos que conformarnos con conjeturas, sin poder explicar la denominación del texto medieval: *Catanis* puede ser la actual Mina, al sur de Samos, y *Gupe*, quizá sea Capri, identificaciones sólo deducibles por el momento en que son mencionadas dentro de la ruta.

4.5. Estado del conocimiento geográfico del momento

No contaban los viajeros con instrumentos de medición precisos, pero su voluntad de informar aproximándose a la realidad es visible. Las dimensiones que la *E. a T.* da de Ibiza no son exactas, pero demuestran que el viajero pretende exactitud en sus datos aunque no tenga medios para ello (las cifras de 5 x 3 leguas son ciertas sólo en su proporción y le sirven al viajero para probar la afirmación de que es una «ysla pequena»).

A veces podemos encontrar datos sobre la geografía lingüística de una región. La *E. a T.* testimonia que la lengua del país de Tajik era como el persa, con algunas diferencias léxicas (p. 139), o la frontera lingüística que hay en el río Oxus, cerca de Samarcanda, a partir de donde se usa la escritura «mogaly» y la lengua mongola y no se entiende el persa (p. 143).

Tanto la *E. a T.* como Pero Tafur y Pietro della Valle parecen distinguir en su descripción dos localizaciones distintas. Una podría ser la ciudad romana de época helenística llamada Alejandría Troade, situada en la costa, mientras que la otra está en el interior.

Por sus descripciones no podemos saber si la acrópolis que mencionan se podría identificar con Bounarbashi —considerada tradicionalmente sede de la Troya homérica— o con Hissarlik, la colina que excavó Schliemann³⁵.

JOSÉ A. OCHOA
C.S.I.C. Madrid

³⁵ Para un comentario detallado del texto de la E. a T. ver *Atti dell'Accademia Ligure di Scienze e Lettere*, XLV (1988), pp. 239-240.